

UN VASCO EN OXFORD

A Basque in Oxford

Queda prohibida, salvo excepción previa en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y sgts. Código Penal).

Esta publicación ha recibido la ayuda de la
Diputación Foral de Gipuzkoa



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

AUTOR

Xabier Ezeizabarrena

© Xabier Ezeizabarrena
© Fundación OREKI
Pza. del Caddie, 1 bajo.
20160 Lasarte-Oria

DIRECCIÓN EDITORIAL

Enrique Ayerbe Echebarria

EDITA

© ETOR-OSTOA S.L.
Pza. del Caddie, 1.
20160 Lasarte-Oria

FOTOCOMPOSICIÓN Y MAQUETA

ETOR-OSTOA, S.L.
20160 Lasarte-Oria

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

GRAFO S.A.
48970 Basauri

DISEÑO DE LA PORTADA

Fernando Biderbost

ISBN: 978-84-613-3360-8
Dep. Legal: BI-2026-09

UN VASCO EN OXFORD

A Basque in Oxford

XABIER EZEIZABARRENA



*Ana Intxustaren oroimenez.
Anaren arima gurekin izango da
Garraldan, Lerinen eta Donostian,
Demetrio eta Iñigo Loperenarekin eta gurekin.*

*Nire belaontziko lagunei —Richard Spreckley, Glen Finnegan, Trevor Gough—
eta gainerako Oxfordgo lagunei bihotzez Euskal Herritik.*

*Mikel Amas badiako lagunari, Begoña Goikoetxeari, Enrique Ayerberi
eta ETOR-OSTOako talde osoari esker anitz beraien laguntzagatik.*

* * *

*«I envy you going to Oxford...
One sees the shadow of things in silver mirrors».*

Oscar Wilde

A Basque in Oxford

PRÓLOGO <i>Pedro Miguel Etxenike</i>	8
INTRODUCCIÓN	12

Michaelmas Term

Michaelmas Term	15
Notas del pasado en Oxford.....	19
Oxford University o la Confederación de «Colleges»	23
Intentando remar en Isis	27
High Street y el jardín botánico	31
La «Bodleian Library»	34
Saint Antony's College	42
High Table	49
Euskaraz Oxford aldean	55
Las «perlas» y algunas reglas de la «congregación»	65
Oxford y las bicicletas	77
Isis	81

Hilary Term

Hilary Term	87
Europa y el mundo desde Oxford	96
Caminando a «Church Farm House»	105
Sermones, misas y cánticos oxonienses.....	114

Vestigios vascones en Oxfordshire 119
 Zuloaga en Oriel 124
 Corpus Christi 129
 Inglaterra v. Irlanda, con balón ovalado 133
 Los «Cotswolds» y Bibury 137
 La regata Oxford-Cambridge 143
 London 149



Trinity Term

Trinity Term 157
 El sendero del Támesis 165

GLOSARIO OXONIENSE 196

BIBLIOGRAFÍA Y ALGUNAS NOVELAS SOBRE OXFORD 202

PRÓLOGO

Pedro Miguel Etxenike

Adelantaba hace muchos años Julio Camba en su relato, «Londres», y en su habitual tono humorístico, que *«Inglaterra es un pueblo completamente aparte de los otros. Es un pueblo extraño, que habla inglés, que está rodeado de mar y envuelto en nieblas»*. Algo parecido a esto sucede en algunas universidades británicas, donde como relata Xabier Ezeizabarrena, el mundo y la visión que del mismo tienen algunos británicos sorprende a cualquier expectativa posible.

El mundo o la propia organización social y universitaria, sobre lo cual Oxford y Cambridge representan dos ejemplos singulares, se aborda con fino humor en este relato que solo de puntillas pasa por «The other place» (Cambridge, para los de Oxford, y viceversa para quienes estuvimos junto al río Cam).

Tampoco deja de ser curioso que un declarado europeísta como Ezeizabarrena fuera adscrito como Basque Visiting Fellow en el St. Antony's College de Oxford, habida cuenta de la escasa atención, cuando no manifiesta aversión, que el proceso europeo suscitaba en Oxford, más aún si cabe que en el resto de Gran Bretaña. Las cosas, según el propio relato, son ahora muy distintas y el debate interno se encuentra más vivo y presente que nunca antes. En este radical cambio ha colaborado Saint Antony's College, del mismo modo que buena parte del acervo europeísta de muchos de los estudiantes que pueblan la ciudad al albur de ese viejo y nuevo concepto que es Europa para los británicos.

Tanto en Cambridge como en Oxford hay quien sigue pensando que las islas serán siempre una masa de tierra lejana, frente a la costa Este de los Estados Unidos; hay otros, mientras tanto, que vislumbran en el Reino Unido un islote anejo al viejo continente por sus cuatro costados, no sólo por el Canal de la Mancha. De una u otra forma, este relato nos muestra las luces y sombras de un lugar en constante ebullición política, social y cultural, desde el peculiar punto de vista de un vasco europeo y universal al tiempo.

En Cambridge o en Oxford, por ejemplo, si el debate es Europa, nada impide que comenzando a las once de la mañana el orador y sus diez o doce discípulos acaben disertando durante ocho horas sobre una futura Constitución Europea en el limbo, la visión inicial de Monnet hace cincuenta años o la

pertinaz resistencia británica a abonar las pintas de Guinness subsiguientes al debate en una moneda común como el euro. En ello colabora, directamente, un alumnado singular, salvajemente competitivo pero absolutamente irrepetible venido de todos los rincones del planeta.

En ambos lugares, casi nada es intrascendente. Todo tiene una razón de ser cuando alguien te interpela en un viejo callejón, en una comida, en una «High table» o en el transcurso de cualquier clase. Poco importa si estás vagabundeando por la ciudad (noctivagating), remando en el Támesis o en el Cam pretendiendo abordar a un batel enemigo o persiguiendo una última edición bibliográfica en cualquiera de sus irrepetibles bibliotecas.

Basta una mirada al índice para empezar a viajar... todo un mundo por descubrir en un lugar bien reducido en el espacio y en el tiempo. Tan reducido que el relato casi omite Cambridge!!! Valga mi prólogo para subsanar tamaña osadía.

Donostia, diciembre de 2008



Oxford

UN VASCO EN OXFORD

A Basque in Oxford

INTRODUCCIÓN

Hace ya unos cuantos meses, durante el mes de mayo de 2003, recibí alborozado la noticia de mi elección como Basque Visiting Fellow en el Saint Antony's College de Oxford, gracias al convenio que mantiene dicha institución con nuestra querida y admirada Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza. La noticia culminaba un sueño nacido años atrás durante mis estudios de Derecho en San Sebastián y, de alguna forma, mucho tiempo antes, cuando mi vida personal y profesional se cruzó con el Reino Unido y sus gentes gracias al impenitente e impagable influjo de mi padre desde mi niñez.

La estancia durante un curso académico en Oxford, por otra parte, suponía un vuelco y una complicación en mi vida personal y profesional tan ajetreada últimamente. Mi despacho de abogado, las clases aleatorias en la Facultad de Derecho de Donostia y mi incipiente inicio político en el Ayuntamiento de la misma ciudad invitaban a permanecer en casa y olvidar mi sueño inglés en Oxford. Por contra, y a pesar de las inevitables complicaciones logísticas, Begoña, Sophia y Tomás parecían sentirse a gusto con la idea de vivir un año distinto en la ciudad del «Town & Gown», de los libros y tesis, los canales y los «pingüinos» que viajan en viejas bicicletas.

De modo que, como siempre ha sucedido, me vi embarcado en una nueva aventura, más urbana que las anteriores, pero tan irresistible como aquel primer viaje a Nepal a los dieciocho años. Tan pronto como pude organizarme, y en inicial avanzada frente al resto de mis gentes, tomé el coche repleto de maletas, libros, cuentos de niños y otras necesidades logísticas, para plantarme en el ferry que, saliendo del Abra en Bilbao,

atraviesa el Golfo de Bizkaia y la Mancha hasta arribar a Portsmouth. Horas más tarde, el tercer día de octubre de 2003, ya estaba en Oxford instalándome en una pequeña casa con jardín en el Norte de la ciudad, no muy lejos del Saint Antony's College.

He llegado a Oxford poco antes del inicio oficial del Michaelmas term y ya tengo que acometer mis primeras tareas. De hecho, me he comprometido conmigo mismo a elaborar un pequeño relato sobre esta experiencia. Debo reconocer previamente que se trata de una idea original de Mr. Felix Dodds, conocido lobbysta británico ante las Naciones Unidas, presente en mi breve y fugaz despedida en Donostia, y promotor, entre otros proyectos, de la futura inclusión de un equipo vasco de rugby en el Torneo de las Seis Naciones, que con los vascones pasarían a ser siete, número, en todo caso, estética y políticamente mucho más interesante.

En esta ocasión, el punto de partida no puede ser otro que Oxford. La ciudad del «Town & Gown», como lugar de encuentro de académicos e intelectuales de todas las esferas y colores. Como sucede un viernes cualquiera en las orillas de «Isis» este relato pretende ser una mirada abierta a la ciudad y a sus costumbres; a la universidad y a algunas notas de su historia; a mis vivencias de aquellos meses y a las sorpresas que depara un lugar inimitable y estratégicamente ubicado en el corazón de la vieja Inglaterra.

Esta es la historia de mi etapa soñada en Oxford; esta es la historia de un sueño hecho realidad.

I

MICHAELMAS TERM
2003/04

En Oxford hay tres periodos oficiales de actividad académica: Michaelmas term, Hilary term y Trinity term, cronológicamente ordenados. Sus fechas tienen escasa importancia y sólo coinciden parcialmente con los tres trimestres imaginarios que, en Oxford, van de octubre a junio. Cada periodo, eso sí, se prolonga inexorablemente por la aparentemente exigua cifra de ocho semanas; ocho semanas de frenética actividad. Lo importante, por tanto, no son las fechas, sino lo que sucede en esta excéntrica ciudad universitaria dentro y fuera de ellas; dentro y fuera de las aulas; dentro y fuera de las tabernas; dentro y fuera de cada una de las particulares mentes que pueblan este lugar gobernado por un extraño espíritu de tradición, formalismo y ordenada anarquía académica y social.

Un sábado por la mañana he llegado a Saint Antony's College, al que se accede por una inapreciable puerta digna de cualquier monasterio románico, a los pies de Woodstock Road. Dentro, inicialmente he sido tomado por un estudiante más, hasta que, una vez reconocido por el portero de guardia, he recogido mi correo personal en uno de los buzones (Pigeon-hole) que se ubican en el mismo porche de entrada al College. A continuación, me han informado de la reunión dominical que tendrá lugar a la curiosa hora de las diez de la noche del citado domingo, para conocer los planes de futuro y entrenamiento de nuestro equipo de remo. Parece que mi procedencia les ha interesado en este aspecto, de modo que he prometido asistir inicialmente a tan extemporáneo encuentro «arraunlari», dentro de Hilda Besse en el mismo St. Antony's.

Claro que minutos más tarde he tenido una segunda e inesperada cita. Desde el boulevard de Saint Giles llegaba a mis oídos una hermosa melodía sacra, proveniente, sin duda, de algún coro de jóvenes cantores. Nada más entrar en la pequeña iglesia de Saint Giles y, con toda cortesía británica, he sido provisto de dos libros de salmos, acomodado en uno de los bancos frente al padre correspondiente e invitado a cantar durante media hora. Todos los feligreses se han congratulado de mi presencia y he entonado lo mejor que sé.

Finalmente, mientras cantaba, he podido comprobar que el más joven de la feligresía de Saint Giles, incluido el padre, podía sacarme cuatro o cinco décadas fácilmente, por lo que la inusitada alegría y el compañerismo de todos ellos estaban, con todo respeto, sobradamente justificados. Al final de la celebración hemos tomado el té todos juntos y departido durante algunos minutos. Me han preguntado sobre mi presencia en Oxford, el College y demás cuestiones rutinarias. Como es lógico, nadie ha entendido el sentido de mi estudio sobre Europa y los Derechos Históricos vascos. De todas formas, era indiferente; lo importante es que hemos quedado citados para el sábado siguiente. Para cantar, por supuesto.

Durante la noche, a pesar de lo intempestivo de la hora, he podido juntarme con buena parte del variado alumnado de Saint Antony's. La taberna de Saint Antony's (Buttery), situada en la entreplanta del edificio de Hilda Besse, es el lugar escogido para este encuentro, inimaginable poco antes de la hora determinada. Diez minutos antes de la reunión, el lugar era un mar de música folk, jóvenes veinteañeras con aires de Janis Joplin y pintas efervescentes de negra cerveza viajando apresuradas de la barra a los distintos molinos de gentes. De la pared superior a la propia barra, podían observarse cuatro o cinco remos de notables dimensiones, de los cuales pendían diversas leyendas en referencia, obviamente, a las victorias de Saint Antony's en los últimos años. A las diez en punto de la noche, uno de los pocos representantes evidentes del mundo «arraunlari» se ha puesto en pie para gritar de forma violenta con acento irlandés, paralizando las conversaciones de propios y extraños:

«!!! Good evening ladies and gentlemen, rowers meeting outside please!!!»

Algunos de los que han salido hacia el hall semejan, por su aspecto, experimentados remeros, mientras otros parecen más bien inclinados a bogar en el Támesis como una parte más de la ajetreada vida social que rodea a cualquier Facultad en Oxford. Dimitri, por ejemplo, es natural de Tomsk, y sus ciabogas han sido habituales en las gélidas aguas del siberiano lago Baikal. Lee ha remado en su Corea natal, no exactamente en un banco móvil pero sí en canoas abiertas y en otros artilugios acuáticos diversos. De cerca de Ciudad del Cabo hay quien parece ser un habitual de este sagrado deporte en Oxford, mientras Gustav, de Suecia, un pequeño japonés apodado Wang, y varios anglosajones más se han apuntado a la causa dentro del impresionante abanico de actividades que Saint Antony's College ofrece a sus miembros. La intención final es que dos barcos de ocho naveguen por el Támesis en breve, gobernados por un patrón nativo encargado de dirigir esta multinacional orquesta «arraunlari» recién estrenada.

NOTAS DEL PASADO EN OXFORD

Oxford ha venido forjando, con mayor o menor éxito, un espíritu singular y, muchas veces excéntrico, durante unos ochocientos años en la vega alta del Támesis. En esta universidad uno puede toparse con una «Facultad» fundada en el año 1379 cuyo nombre es «New College»; otro cuyo nombre actual «Brasenose» trae causa de un antiguo picaporte denominado «Brazen nose» o, porqué no, con un abreviado «College» en forma de «Oriel», cuyo título completo reza, ni más ni menos, «The Provost and Scholars of the Blessed Mary the Virgin in Oxford, commonly called Oriel College, of the Foundation of Edward the Second of Blessed Memory, sometime King of England». Tampoco van a la zaga los títulos completos de All Souls y Trinity College que rezan respectivamente: «The College of All Souls of the Faithful Departed, of Oxford» y «The President, Fellows and Scholars of the College of the Holy and Undivided Trinity in the University of Oxford of the Foundation of Sir Thomas Pope, Knight».

En el caso de Trinity College, tanto Nicholas Basbanes en «Patience & Fortitude» como el reciente relato imaginario de Philip Pullman sobre Oxford, relacionan el propio «college» con la catedral de Durham. Según el primero, no hay duda del establecimiento inicial del college por los propios monjes de la catedral en el Siglo XIII, bajo el nombre inicial, aunque hoy inexistente, de Durham College.

Estos pequeños detalles me hacen pensar, a veces, si me encuentro de veras en el lugar en que tantas veces había querido estar, o me encuentro más bien sumido en el mayor caos académico jamás conocido. En el mencionado «New College»,

**Hitler
bombardeaba
sistemáticamente
Inglaterra
eximiendo a
Oxford de sus
castigos,
pues deseaba
establecer su
cuartel general
en las islas en la
propia ciudad
universitaria.**

fundado en 1379, el atuendo para cenar cambia sustancialmente dependiendo de si uno acude a la primera ronda de cenas o a la segunda; mientras, en Saint Antony's College uno sólo puede liberarse del chaqué en un momento y lugar debidamente determinados dentro de las rigurosas «High Tables», que tienen lugar exclusivamente en periodo lectivo, durante las noches de los martes y viernes.

Pero Oxford puede, fácilmente, hacer soñar a cualquiera que se deje llevar por el alma de sus calles, conventos e iglesias, cuando no por entre sus canales. Cuentan los cronistas británicos que Hitler bombardeaba sistemáticamente Inglaterra eximiendo a Oxford de sus castigos, pues deseaba establecer su cuartel general en las islas en la propia ciudad universitaria. En tan solo un puñado de manzanas urbanas, puedes entrar en la casa donde Edmund Halley descubrió su cometa; visitar el Ashmolean museum, el más antiguo de Gran Bretaña; bañarte tus labios y tu mente en la misma taberna en la que J. R. Tolkien comenzó a diseñar su conocida trilogía o, porqué no, bañarte en el canal donde el matemático Lutwidge Dogson definió la fórmula de la trigonometría plana. A lo largo de High Street, para muchos la calle más hermosa de toda Inglaterra, uno puede emular los pasos camino del College de personajes como Samuel Johnson, Adam Smith, Jonathan Swift, Roger Bacon, Oscar Wilde, Graham Greene o Indira Gandhi, entre otros. Pero Oxford es, en la historia, mucho más que todo esto.

Cuentan las crónicas que en el Siglo XII algunos estudiantes de las órdenes religiosas pretendieron partir hacia París a estudiar; aquello no gustó al Rey Enrique II y la intención fue objeto de inmediata prohibición. Como solución inicial, los estudiantes comenzaron a reunirse en Oxford, en aquel entonces una simple villa comercial sobre el Támesis a unas 55 millas de Londres. En aquellos inicios, los estudiantes se fueron asentando en distintos monasterios de la villa, cada uno bajo las órdenes de un maestro que dirigía sus estudios e inquietudes individualmente. Esto es más que palpable en la mayoría de los nombres que bautizan a cada uno de las facultades actuales: All Souls, Jesus, Trinity o Corpus Christi, así como en el especial uso del latín en los rituales y ceremonias universitarias. En tal sentido, la utilización de cualquier lengua profana que no fuera el latín suponía de forma inmediata la imposición de medidas disciplinarias; normalmente, la medida consistía

en comer en solitario y razonablemente apartado del grupo para evitar el consabido contagio lingüístico.

Siempre hubo desde aquellos inicios monacales cierta tirantez o recelo entre los nativos de la villa y los estudiantes. «Town & Gown» es, incluso hoy día, la viva representación de este fenómeno de confusión urbanística, social y académica en cualquier punto de la ciudad. Ya en 1209, el enfrentamiento de ambos polos alcanzó límites tales que bastantes estudiantes se decantaron por huir a Cambridge, convertida hoy, como todos sabemos, en el mítico rival «arraunlari» y académico de Oxford. Cuentan igualmente los viejos papeles y crónicas legendarias que en 1355 se produjo un principio de insurrección civil de los nativos frente a la invasión estudiantil de la época, invitando públicamente los locales a acabar cuanto antes con las deleznable costumbres del estudio y el recogimiento en el entorno de aquella villa comercial.

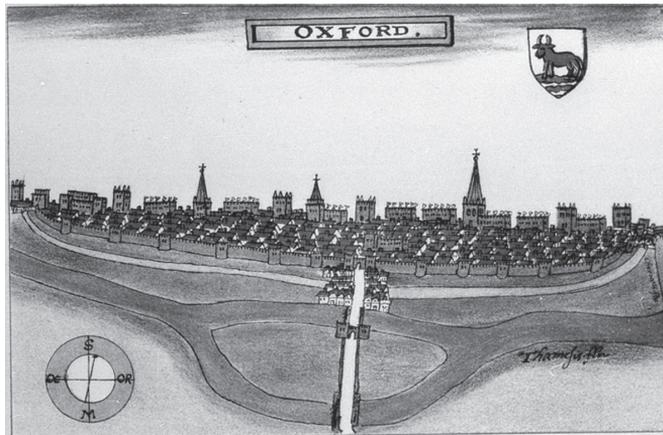
La que fuera villa mercantil pasó con el tiempo a convertirse en un auténtico epicentro intelectual del Reino Unido, especialmente en materia jurídico-política. No en vano hasta un total de veinticuatro Primeros Ministros de Gran Bretaña se formaron en este lugar, incluido el último, y con especial protagonismo en esta tarea de Christ Church College, de cuyos muros salieron hasta dieciséis futuros Presidentes de las islas. El último Pleno del Parlamento celebrado en Oxford data, de hecho, del año 1681, no muy lejos, por cierto, de la graduación oficial del mismo John Locke bajo las torres de Christ Church en 1658, mientras comenzaba a barruntar su conocido «Segundo tratado sobre el gobierno civil». En este mismo lugar, se mantienen hoy día los vestigios del paso de Sir Robert Peel, que fuera uno de los mencionados Presidentes del Gobierno británico, al igual que Parlamentario por la propia Universidad. Se trata de una especie de graffiti contrario a Sir Robert, existente en una puerta junto al comedor. La inscripción reza aún, «No Peel», desde comienzos del Siglo XIX, pues había entonces quien lo rechazaba como candidato y así lo expresó directamente en la madera de aquella puerta.

El privilegio otorgado a Oxford University para tener sus propios parlamentarios fue otorgado por Jaime I, y sólo derogado en 1948 por el Gobierno del Partido Laborista. Algunos otros de los que siguieron en el tiempo fueron Jeremy Bentham, que llegó a Queen's College en 1760 con tan sólo doce

años; dos editores sucesivos del «Times» provenientes de «All Souls College» en High Street o, por supuesto, el polifacético y pionero izquierdista William Morris, llegado a Exeter College en 1850. Faltan, lógicamente, muchos otros; desde Balliol hasta Trinity, pasando por el propio Saint Antony's, se puede bucear en el pasado y en el presente de docenas de personajes que, forjados en Oxford, han podido tener una mayor o menor relevancia en la «res publica» de muchos lugares del planeta. Esta especie de forja singular ha sido retratada de forma casi mítica pero muy ilustrativa por John Henry Newman, miembro de Trinity College en 1817:

«When the mind is most impressible, when the affections are warmest, when associations are made for life, when the character is most ingenuous and the sentiment of reverence is most powerful, the future landowner, or statesman, or lawyer, or clergyman comes up to a College in the Universities. There he forms friendships, there he spends his happiest days; and whatever his career there... when he looks back on the past, he finds himself bound by ties of gratitude and regret to the memories of his college life».

Oxford by William Morris, 1588.
London 1879, Archivo Bodleian Library



OXFORD UNIVERSITY O LA CONFEDERACIÓN DE «COLLEGES»

Al margen de las anécdotas históricas, la Universidad de Oxford se ha convertido, hoy día, en una suerte de confederación de Colleges que continúan manteniendo sus aires monásticos y sus particularidades internas, incluidas las puramente lingüísticas. Esto significa que la universidad en si misma no es más que la unión voluntaria de todas esas facultades individualmente consideradas. De este modo, cada uno de los 39 Colleges actuales mantienen su pequeño o gran protocolo organizativo, así como sus respectivos comedores, salas de reunión, capillas, bibliotecas, aulas, deudas, tesorería. Dentro de las curiosas denominaciones existentes en cada uno de ellos, la del respectivo Decano es, sin duda, una de las más significativas: el Decano es en Christ Church un «Dean», en Lincoln College un «Rector»; en Merton y Saint Antonys, «The Warden»; en Balliol, «The Master»; en Hertford, «The Principal»; mientras en Oriel se trata del «Provost».

Claro que los profesores y académicos en general son conocidos como «Fellows»; en Christ Church son extrañamente «Students»; estos mismos, es decir, los que estudian por obligación, son denominados «students» generalmente; no así en Merton, donde se les denomina «Postmasters», mientras en Magdalen (cuya pronunciación correcta debemos corregir por MAWD-lin) pueden ser directamente «Demies».

Debidamente sentado en la taberna «Wheatsheaf» de High Street, un antiguo gerente de la Bodleian library me ha comenzado a contar sus peripecias del pasado a cambio de la

Cuentan las crónicas locales que hubo un tiempo en que un caminante podía unir Saint John's en Oxford con el que también existe en Cambridge sin abandonar ni un instante las tierras del santo universitario.

consabida pinta de Guinness. Cuenta mi contertullio que, hasta la entrada en los años setenta, los conocidos «Bulldogs» tuvieron su momento de mayor apogeo. Los «Bulldogs» eran y son un pequeño cuerpo policial propio de la universidad, que patrulla en elegantes y almidonados trajes negros, camisa im-poluta, corbata oscura y bombín de Derby. En los setenta, esta policía de etiqueta patrullaba las calles de Oxford incluso durante las frías noches, aplicando estrictamente la reglamentación vigente entonces, pero propia de la misma Edad Media. Después, Oxford actualizó un tanto este tipo de formas y los «Bulldogs» se convirtieron en controladores habituales de los exámenes oficiales, eso sí, respetando su rigurosa etiqueta. A la sombra de su segunda pinta, mi compañero rezuma recuerdos y los va casi recitando de forma desenfadada y desordenada. Uno de ellos habla de uno de los míticos pubs de Saint Giles, «The Eagle & Child» («The bird & baby» para los estudiantes) donde, cuenta la leyenda que han sido retratadas y ambientadas buena parte de las novelas policiacas de Colin Dexter, algunos de sus impecables personajes y otras tantas de sus múltiples muertes violentas, algunas de cuyas víctimas provienen, indudablemente, del más puro acervo universitario en Oxford, incluidos unos cuantos Decanos.

No debe olvidarse que este legendario pub pertenece a University College y ha sido recientemente puesto a la venta por algo más de un millón de libras. En el lado opuesto de Saint Giles se encuentra la taberna de la competencia, «The lamb & flag», regentado por Saint John's College y vaso comunicante del boulevard con los jardines y parques de la universidad a través de un hermoso y empedrado pasadizo. Claro que Saint John's College regenta igualmente otras muchas propiedades en Oxford y en el resto de Inglaterra. Buena parte del Norte de Oxford y sus desarrollos residenciales se han levantado sobre tierras de Saint John's College; más allá, si cabe, cuentan las crónicas locales que hubo un tiempo en que un caminante podía unir Saint John's en Oxford con el que también existe en Cambridge sin abandonar ni un instante las tierras del santo universitario.

Mi primera experiencia académica en Oxford no ha defraudado la mejor de mis expectativas posibles. A la semana de

producirse mi llegada se ha reunido oficialmente la Junta de Gobierno del European Studies Centre, dependiente de Saint Antony's College. He sido convocado para tal fin en la propia sede del centro y en el transcurso de la reunión cada uno de los viejos y nuevos miembros hemos expuesto someramente nuestros proyectos y ámbitos de interés para este primer trimestre. Posteriormente, hemos departido en el salón del propio centro, prácticamente hasta la hora de cenar en Hilda Besse, donde se nos ha recibido con un agradable menú, abundantes vinos y café previo al acto central de la noche, de nuevo en el European Studies Centre. Se trata de una mesa redonda en el propio seminario del centro sobre el proyecto constitucional europeo, bajo el capcioso título de «The End of Britain?».

Lo que parecía ser en un principio una mera reunión de amigos se ha convertido en un auténtico e improvisado éxito de asistencia al acto, incluida una gran vorágine de alumnos. Cuando me dirigía hacia el seminario del Centro de Estudios Europeos, ubicado en un edificio victoriano adyacente al College, he contemplado el paso de una importante maraña de bicicletas que, minutos antes de la hora señalada, han girado bruscamente hacia el edificio que albergaba el evento. Cuando yo mismo entraba en el aula, allí estaban todas aquellas bicicletas amarradas a sus correspondientes postes. Dentro, estaban ya presentes todos los alumnos que podían caber dentro y algunos más; tantos que muchos de ellos han tenido que sentarse improvisadamente en el suelo, ante la carencia de aforo suficiente. Alemanes, norteamericanos, argentinos, suecos, varios japoneses, rusos, muchos hindúes y asiáticos, varios españoles, franceses, sudafricanos, varios africanos de diversas procedencias y algunos otros de impecable aspecto externo se ha afanado finalmente por buscar su pequeña ubicación, en una inestimable muestra de caos, desorganización logística y suma expectación por la inminente mesa redonda y subsiguiente debate abierto. Tres profesores de distintos Colleges y una fórmula inusual pero absolutamente trepidante y atractiva. Diez minutos para cada uno de ellos, diez minutos de rigor y síntesis dialéctica sobre una materia demasiado abierta y permisiva con las divagaciones o la conferencia magistral. Después, turno libre y abierto para todos los presentes y bombardeo general al efecto.

Tras la tripleta de diez minutos magistralmente administrados por los ponentes, aquella sala se convirtió en un espectáculo aún más apasionante si cabe, con preguntas ágiles e incisivas

que se sucedieron hasta bien entrada la noche. Aquella era una fórmula al más puro estilo parlamentario, donde las preguntas derivaban fácilmente en pequeños e imaginativos careos a dos o tres bandas, siempre liderados por los ponentes pero admirablemente contestados por cada uno de aquellos alumnos, jóvenes y no tan jóvenes, cada uno de los cuales bien podía ser jurista, politólogo, historiador o experto en asuntos europeos y relaciones internacionales.

El primero de aquellos tres ponentes era Sir Vernon Bogdanor. Sir Vernon no dudó un momento en comenzar su intervención denunciando abiertamente lo capcioso del título y su carácter eminentemente defensivo o nacionalista. ¿Es que algún otro Estado europeo miembro de la UE debate sobre la Constitución Europea en términos de desaparición de su respectivo Estado? Los británicos, o al menos, aquel grupo de eminentes profesores en Oxford así lo hicieron. Quizás simplemente como una abierta forma de provocación al auditorio o, tal vez, como simple y sano ejercicio nacionalista de auto-protección en un Estado evidente y sanamente nacionalista como es el Reino Unido. Lógicamente, el órdago de Sir Vernon no obtuvo respuesta alguna, aunque ilustra bien claramente la existencia generalizada del nacionalismo en muchas sociedades modernas, occidentales, evolucionadas y no ajenas al progreso, al sentido común o a la misma esencia de la democracia.